

Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. *Don Diego de noche*. Ed. Enrique García Santo-Tomás. Madrid: Cátedra, 2013. 392 pp. ISBN 9788437630854.

Reviewed by  
Ana Laguna  
Rutgers University – Camden

Probablemente el gran atractivo del Siglo de Oro es la densidad y calidad del universo literario que supone, tanto por la generación que agrupa, una de las “más extraordinarias de las letras españolas” (19), como por la experimentación artística y literaria que comporta. La riqueza y la diversidad de autores y materias – desde Lope de Vega, a Luis Vélez de Guevara, pasando por Juan Ruiz de Alarcón, Suárez de Figueroa, María de Zayas, Antonio Mira de Amescua, Luis de Góngora, Francisco de Quevedo, o Guillén de Castro – contrasta sin embargo con una limitadora perspectiva crítica que no siempre ha sabido evaluar o reconocer figuras menos canónicas. Enrique García Santo-Tomás lleva tiempo trabajando en una dirección diferente, recuperando las numerosas contribuciones de un escritor como Salas Barbadillo, una figura considerada muchas veces menor a efectos críticos, pero reconocida como gran epicentro literario entre sus coetáneos. Amigo, confidente y colega de autores como Cervantes, Salas Barbadillo supone un baluarte literario también por méritos propios. Ignorar, de hecho, sus particularidad literaria supone una significativa pérdida de perspectiva en el estudio del las fracturas y continuidades de este período; Salas, a caballo entre el barroco tardío y la plena – aunque aún balbuceante y siempre particular – modernidad ibérica, arroja nueva luz (y, como dice su editor, también muchas sombras) sobre el subtexto pesimista, desencantado y corrosivo del Barroco que desembocará en una total crisis existencial ya plenamente romántica. La sátira, por ejemplo que Salas comparte con Quevedo adelanta también la de Larra, y sus peregrinaciones nocturnas por un Madrid casi esperpéntico inevitablemente recuerdan al lector a las de un rejuvenecido Max Estrella.

Muchas de las realidades y preocupaciones de Salas son no ya pre, sino puramente modernas, como el componente urbano – que hace de la ciudad, Madrid, un protagonista más de la novela – la necesidad de expresión testimonial más que moralizante, o el carácter costumbrista de su prosa. Sin embargo, Salas sigue inscrito en el tardío 1600, y como tal también mantiene una barroca preocupación cosmográfica, un gusto por el comentario literario convertido en Parnaso, y un fuerte (aunque también desgastado) carácter picaresco. A pesar de ser del mismo autor, *Don Diego de noche* no es una *Hija de la celestina* (probablemente la novela picaresca tardía más influyente del siglo XVII), pero mantiene algunos de los principios de esta narrativa, como la estructura

episódica, el componente epistolar (aquí separado), y la indulgencia con la criminalidad menor que se cristaliza y afirma en la resolución poco ética – probablemente inevitable, dada la corrupción generalizada de los representantes del orden – de los conflictos que afectan al protagonista. La falta de decoro de sus aventuras, que el protagonista llega a caracterizar como un “vulgar, festivo, y bullicioso regodeo” (153), denotan la naturaleza jocosa, o intrascendente de las mismas, extendiendo muchas veces los límites ya de por sí porosos de su moralidad.

El protagonista, un “aventurero nocturno, sabio y cortesano, de atribulada vida, transcurrida al calor del frenético ambiente metropolitano y de las nuevas realidades de un ámbito cada vez más cosmopolita” (29), parece conllevar, como conjetura García Santo Tomás, una fuerte carga autobiográfica. El editor consigue acercar este personaje a los lectores y críticos contemporáneos, contextualizando sus aciertos y fracasos, haciéndole cronista y (meta)crítico de época. Puede que sus parnasos no sean, *per se*, tan influyentes o trascendentes como los de Cervantes, pero son tremendamente significativos a la hora de recomponer la fascinante cosmovisión de su particular generación. Así, Salas no sólo nos muestra los extremos a los que ha llegado la sátira, sino las reacciones hacia tales extremos, lamentando por ejemplo la práctica de “Reprender la sátira,” porque “cuando las materias son generales y en toca de vicios escandalosos de la República, [censurar este género] es quitar a los vicios públicos su castigo público” (257). Y si bien los juicios a modos de castigo que refiere la cita suelen ser tremendamente estereotipados, sobre figuras o *topoi* tan explotados y agotados como los sastres, suegras, malcasadas/os, y profesiones liberales, también informan de otras, u otros aspectos menos explorados, como el del mal pintor, o pintor borracho: “Que usted toma con muy bien aire un pincel en mano es sin duda, pero con mucho mejor una copa . . . Y que la copa es pincel, y aventajadísimo, es la prueba bien llana, porque más vivos colores le saca ella a la cara que él pone en el lienzo. Pinceladas de Baco sonrosean y autorizan un rostro, pero las de Apeles muchas veces hacen un lienzo emplasto” (182). Se aprecia en este sutil humor la obvia cercanía de la prosa y sensibilidad de Salas con la de Quevedo, al que se ha llegado a atribuir esta novela. Como dice Santo Tomás, es precisamente esta deuda Quevediana la que ha podido oscurecer el perfil e impacto de Salas, al ser ciertamente culpable de repetir, de una manera un tanto vacua, los patrones, ideas, ambientes, y caracterizaciones de aquel autor (39).

García Santo Tomás no ha podido hacer una introducción más completa y atrayente para que el lector (y crítico) del siglo XXI reconecte con el universo--difícil cuando menos, desolador casi siempre--del que es testigo y partícipe Salas Barbadillo. La labor investigadora del editor se traduce en amplias notas a pie de página que proporcionan detallada información sobre el estado investigativo de la ciencia en el Siglo de Oro (17), o identifican, de manera más básica, la identidad de Apeles (en la cita anterior). Una de las mejores aportaciones del volumen es la exploración detallada del impacto literario que Salas, en general, y *Diego de noche*, en particular, tuvieron en su

contexto coetáneo y posterior, tanto en España como en Francia e Inglaterra. García Santo-Tomás, no sólo afirma que “fueron varios los escritores que de una forma u otra tomaron prestado alguno de los ingredientes básicos de este tipo literario” (58), sino que prueba esta influencia en figuras como Lope de Vega, Francisco de Rojas Zorrilla, José Campoamor, o Diego San José de la Torre.

El profundo conocimiento que el editor tiene de este autor (habiendo editado la *Hija de la Celestina*, y un volumen monográfico sobre la modernidad de y en Salas) le hace tener una mano firme y criterio claro para estabilizar y modernizar el texto y para ayudar al lector a navegar o asimilar los a menudo abruptos movimientos narrativos del mismo. Las resoluciones un tanto precipitadas, o aventuras débilmente conectadas de *Diego de noche* aparecen así un tanto excusadas o explicadas al aludir a las idiosincrasias narrativas de un autor que está, simplemente, más interesado en la variedad que en la coherencia (48). De hecho, la única salvedad que cabe en esta cuidadísima edición es quizá la generosidad del editor con el autor y protagonista de su historia, Diego, al que caracteriza como un “Quijote de ciudad,” (77) y cuyas correrías llegan a compararse y justificarse con las del “Quijote colérico de Cervantes” (80). Por supuesto, Quijote tiene arranques virulentos, extremos, y desatinados, pero la grandeza de espíritu del personaje cervantino (sin entrar en la sutileza o profundidad de su narrativa) no aparece ni en *Diego*, ni en su noche. Al final de la novela, queda bastante patente que el protagonista no anda muy preocupado por salvar su honor (o el de otros/as) sino la integridad de su propio esqueleto.

Más allá de paralelismos críticos, quedan patentes las razones que hicieron de Salas no sólo un satirista original y multifacético, sino “uno de los grandes novelistas de su tiempo” (31). Salas aporta una perspectiva propia al calendoscopio literario, cultural, y urbano del barroco tardío, y su contribución a ese universo no puede ni desecharse ni ignorarse por más tiempo, y mucho menos con una edición como la presente.